

**La contienda de los reyes: construcción de dos modelos discursivos en el
*Libro de Alexandre y el Libro de Apolonio***

Sofía Battilana
(Universidad de Buenos Aires)

El siglo XIII fue uno de fructuosa producción para las letras españolas. Aglomerados en una ráfaga de escritura y difusión del conocimiento, distintos fenómenos sociales, políticos y religiosos acompañaron la emergencia y la unidad de una nueva forma de expresión literaria, el mester de clerecía, cuyo centro fue Castilla. Esta escuela fue la encargada de producir diversos poemas narrativos que recogen su trama de fuentes francesas o latinas pero también de leyendas orales.

El término “contienda” que forma parte del título del trabajo es adecuado para introducir la noción de “contienda de prácticas discursivas” de Leonardo Funes (2009), concepto clave para comprender la emergencia del mester de clerecía. Las prácticas discursivas, para Funes, serían significaciones sociales poseedoras de elementos comunicacionales. La aparición de soportes tecnológicos y materiales, de actores y de instituciones sociales, da emergencia a nuevos modos discursivos que descubren su potencialidad en “un desplazamiento mediante el cual lo nuevo retiene (o engloba) lo viejo” (Funes, 110). Así, la Edad Media constituía verdaderamente un campo de disputa por el poder de la función hegemónica de contar y difundir ciertos mensajes o discursos considerados fundantes de una comunidad. Una contienda de este estilo se da, precisamente, entre el mester de clerecía y la figura del juglar¹. Mientras la Iglesia se recluía en una escritura en latín que solo una minoría especializada comprendía, el juglar ocupaba, para la mayoría, el rol de una especie de “portador” de verdad, traducida esta en relatos y leyendas orales. Toda una performance era llevada a cabo por esta carismática figura que, combinando los gestos, la memorización y la voz, mantenía viva la tradición popular.

Con las reformas promovidas en el IV Concilio de Letrán, a principios del siglo XIII, el clérigo, representante de la Iglesia y contendiente del juglar, tenía un objetivo claro: llegar al pueblo hablando su mismo idioma, adaptando las enseñanzas morales a una forma entendida por todos, a través del atractivo de los relatos. Asimismo, la rigurosidad de las formas latinas estaba siendo ocupada por contenido en lengua romance. Una disputa por las formas de producir y difundir el conocimiento estaba teniendo lugar. El programa cultural de la escuela del mester de clerecía desplazó gradualmente a la figura del juglar, anterior reservorio de la tradición popular, y se apropió de sus formas discursivas de representación: la de una puesta en escena. Así, el registro y el estilo del discurso oral fueron englobados en esta nueva producción textual que hallaba, a su vez, una forma de auto legitimación y éxito asegurado.

La figura del clérigo resulta fundamental a este respecto ya que era quien se encontraba cercano al saber. Su función era resguardarlo, ocupando así un lugar privilegiado dentro de los espacios del conocimiento y las esferas de poder. En el marco del surgimiento de las universidades y, sobre todo, la universidad de Palencia como un referente, la cual “en la frontera de los siglos XII y XIII, se convirtió en un ámbito donde la mayoría de clérigos se formaba” (Riva 2019, 17), se dio este movimiento impulsor de un aire nuevo; una poética

¹ Sin ir más lejos, en la segunda estrofa del *Libro de Alexandre*, texto que nos ocupa en este trabajo, se ve una clara distinción entre la pecaminosa “joglaría” y el mester de clerecía.

que venía a amalgamar dos órdenes, el culto y el popular, cumpliendo el clérigo aquí el papel de intermediario cultural: productor y, también, difusor de los mensajes y enseñanzas propios del didactismo religioso. Aportes novedosos fueron, no obstante, capaces de surgir por sobre (y a partir de) un anclaje en la tradición, mediante la reelaboración o reconstrucción de saberes previos. El tema del conocimiento, parte crucial de la trama de las historias que se analizarán aquí, halla eco, a su vez, en el contexto de la época: las escuelas catedralicias habían dado paso al flamante ambiente universitario del siglo XIII. Antonio Cortijo-Ocaña (2021) señala como puntual la relación entre la cultura claustral y la producción de textos clericales en *Nunca mayor soberbia comidió Lucifer*, de Fernando Riva. En este trabajo donde el autor indaga el origen del *Libro de Alexandre* y sigue una línea de monasterios y centros universitarios, analizando al clérigo como una compleja figura sumida en un estricto código de conducta espiritual, se destaca la tensión producida por la búsqueda intelectual dentro del marco de los límites de una tradición clásica.

El avance cultural a partir de las bases de una tradición resonante es un aspecto fundamental de la Edad Media. En un ambiente en el que el espacio universitario determinaba también la base sobre la que la cultura se desarrollaría, esta fue tan fuerte que llegó a registrarse en las literaturas vulgares (Várvaro, 1983). De ahí que la representación del conocimiento sea un tema fundamental en las obras que se verán aquí, escritas, posiblemente, por autores que habían transitado el ámbito universitario. De esta manera, la escuela del mester de clerecía, al utilizar técnicas aprendidas de las literaturas latinas para componer con las palabras de todos los días, utilizadas por la mayoría de la sociedad, debe ser entendida como una verdadera producción y una apuesta por una escritura nueva, por hacer de esa lengua cotidiana un instrumento de expresión artística (Funes, 2009). El siglo XIII fue testigo de un incipiente desarrollo textual construido en base a un hablar cotidiano, un entendimiento del mundo a través de las palabras efectivamente utilizadas por la mayoría de los hablantes.

En el siguiente trabajo se realizará una comparación entre dos producciones discursivas del ámbito clerical, el *Libro de Apolonio* y el *Libro de Alexandre*, ambas del siglo XIII. Estos textos comparten numerosas similitudes. Una de ellas es, de entrada, el uso de héroes griegos como los protagonistas de la historia y sus recorridos heroicos como las acciones centrales que se relatan. A su vez, se trata de obras que utilizan (y a la vez reelaboran) la materia antigua dentro de su trama narrativa. La fuente del *Libro de Apolonio* se puede encontrar en la *Historia Apolonii Regis Tyrii*: historia centrada en el personaje ficticio del rey Apolonio, escrita alrededor de los siglos V y VI. Por su parte, el *Libro de Alexandre* pertenece a una tradición poética conformada por varias obras referidas al héroe griego, como el poema latino de 1180, el *Alexandreis* de Gautier de Chatillon, (figura de autoridad referida varias veces por el narrador del *Alexandre*) y *Li Romans d'Alixandre*, texto en francés, también del siglo XII.

El trabajo se propone llevar adelante una comparación del *Libro de Alexandre* y el *Libro de Apolonio* y, en este cotejo, plantear la relación y las diferencias entre los protagonistas. Estos modelos pueden parecer, para una primera mirada, binarios y contrarios entre sí. Sin embargo, vetas ocultas se perciben en la construcción de los protagonistas y los arcos desarrollados en la trama de los poemas. De esta manera, no hay que olvidar que, a pesar de presentar modelos orientados a la comparación y a contraponer de un lado y del otro a dos personajes diferentes, se verán también sus semejanzas y, más importante aún, una contracara que acompaña a los protagonistas. Los reyes se componen de dos modelos, uno positivo y otro negativo, pero estos modelos no se pretenden absolutos sino que, por el contrario, se presentan como construcciones orientadas a revelar los matices propios de cada

personaje. De esta manera, una de las posibles conclusiones que se podrían adelantar y extraer del análisis es que ninguno de estos personajes es completamente bueno ni completamente malo. Partiendo de la hipótesis planteada anteriormente, es decir, que se presentan dos modelos de reyes que son contrarios entre sí a simple vista, se recopilará una suma de episodios en donde, además, se enfocará en una lectura a contrapelo de los mismos modelos propuestos para inquirir qué elementos inicialmente contrarios agregan a la caracterización de las figuras regias. De esta manera, los modelos resultan útiles como categorías para un análisis del desarrollo de cada personaje y, además, las posibles inversiones de los mismos.

Las figuras de los reyes: Apolonio y Alexandre

Al utilizar el término “obras clericales”, Isabel Uría realiza una apertura dentro del ámbito académico. La forma propia de los poemas de la primera mitad del siglo XIII era la “cuaderna vía”, un tipo de estrofa de la métrica española utilizada por la escuela del mester de clerecía, la cual se compone de cuatro versos alejandrinos, separados en dos hemistiquios de siete sílabas, con una cesura en el medio. El uso del verso alejandrino como un eje de clasificación es un punto fundamental a tener en cuenta. El propio *Libro de Alexandre* introduce el concepto con los famosos primeros versos en los que el narrador comienza la historia y, a su vez, se vanagloria de su capacidad de “fablar en curso rimado / por la cuaderna vía,” (2-c).²

Sin embargo, en esta nominación un tanto arbitraria, se escapa cierta heterogeneidad patente en obras diversas que han sido tratadas de la misma manera. Con la introducción del término “obras clericales”, el foco se corre un momento de la forma para pasar, quizás, a otras aristas que hacen al texto. En este caso, el tratamiento del contenido y el uso de las fuentes cultas (siendo el *Libro de Apolonio* y el *Libro de Alexandre* los únicos poemas de materia antigua pertenecientes a este grupo) serán potenciales categorías de análisis junto a una clara intención didáctica por parte del autor, otro elemento a tener presente.

El tratamiento de la materia antigua habilita la utilización de héroes griegos como los protagonistas de estos textos y sus vidas como el hilo que determina la trama narrada. Sin embargo, se pueden hallar también diferencias con respecto a cada uno. La pregunta central que se intenta responder en este trabajo es a qué modelo de rey corresponde cada personaje. Un mismo origen y diversas cualidades heroicas compartidas no constituyen un único modelo de conducta regia. Alexandre y Apolonio son personajes contruidos en base a dos modelos, vinculados estos a características distintas. Alexandre estaría representado en base a un modelo negativo de rey y Apolonio, por su parte, presentaría un modelo positivo. Estos modelos, al ser categorías que encierran múltiples construcciones de sentido, determinan las acciones, decisiones y rasgos cognitivos de los dos personajes. El rasgo negativo fundamental de Alexandre es la soberbia, pecado que causará su muerte en el final. Por su parte, el rasgo positivo de Apolonio tiene que ver con la reconstrucción de su propia subjetividad, en la que predomina la sensibilidad y el acatamiento del mandato divino.

No se deben olvidar, sin embargo, los matices que agregan al desarrollo de estos personajes. De esta manera, se sostiene la idea de que ninguno de estos reyes es completamente bueno ni completamente malo. Y, aunque ambos sean héroes letrados,

² Utilizaré la edición de Jesús Cañas Murillo (1978) del *Libro de Alexandre*. Todas las citas se harán en base a esta edición.

partidarios del saber, el conocimiento es percibido y utilizado de manera diferente tanto por Apolonio como por Alexandre ya que las improntas que los condicionan atraviesan, a su vez, ese fenómeno.

Modelos binarios: semejanzas y diferencias

No se puede dudar de que ambos personajes ostenten el nombre de “rey sabio” ya que la sabiduría constituye una característica fundamental entre las demás que componen sus rasgos. La figura de poder ya no controla aquí solamente el dominio de la fuerza, sino que debe poseer una capacidad intelectual que vaya en consonancia. Así, surge la pregunta acuciante de cómo conocer, presentada como tópico en ambas obras. La hazaña bélica es trasladada al lugar del conocimiento. En estas obras, el rey es un héroe noble, fuerte, valiente, diestro en el poder guerrero pero, también, es un rey letrado. El motivo de las armas y las letras está presente de manera marcada. La conquista regia se traduce en la conquista del saber.

El personaje de Alexandre corresponde a un modelo de rey construido en base a características relacionadas con la virilidad y reproduce en su accionar y en su configuración representacional una matriz guerrera que combina en sí tanto el saber como la capacidad de combate. Alexandre, de “cuerpo acabado”, como señala un epíteto que acompaña su nombre en algunas partes del texto, participa en numerosas batallas a lo largo de sus conquistas y se destaca su fuerza corporal al completar exitosamente pruebas que ninguno de sus soldados puede siquiera intentar. Durante la batalla contra el rey de Babilonia, uno de los soldados atina a alcanzar con un golpe a Alexandre, sin embargo “Firme se hovo ‘l rey, / non dio por ello nada, / tornó contra Aretam / firiólo su vegada / metióle la cuchiella / por medio la corada, / echólo muerto frío / en medio la estrada.” (1009 a-d). Este pasaje remite a la figura del héroe tradicional que, sin dejar de poseer cualidades como la valentía, inteligencia y lealtad a sus hombres, presenta como mayor virtud la fuerza y la capacidad para derrotar a sus enemigos en batalla.

Los dos reyes son protagonistas de textos contrapuestos de manera similar pero que, a su vez, encierran diversas contraposiciones. Esto es analizado por Uría en “El *libro de Apolonio*, contrapunto de el *Libro de Alexandre*” (1997). La autora señala efectivamente dos posibles modelos para cada personaje, uno positivo y otro negativo. Atravesados por un proceso de cristianización de los temas habidos en ambos textos, pero destacados especialmente en el texto de Apolonio, el rey de Tiro disfruta de un final feliz mientras que se condena al rey macedonio a una trágica muerte. Es como si, a su vez, el conjunto de los gestos que determinan el carácter de Apolonio, es decir, las lágrimas, la sensibilidad musical, sus mejillas ruborizadas adhieran también a su construcción positiva a lo largo del texto y, más que nada, a las pruebas heroicas superadas. Apolonio termina sus días de manera apacible, reencontrado con su mujer e hija, por haber aceptado el destino que Dios tenía fijado para él: “finó como buen rey en buena fin conplida” (650-d).³ Una vez superada su soberbia y su inútil empresa en probar su intelecto (la resolución del acertijo del rey Antíoco), Apolonio demuestra ser digno de un final feliz que, por lo tanto, concluye correctamente su propia construcción como un personaje de estas características. No se puede dejar de hacer

³ Utilizaré, para el *Libro de Apolonio*, la edición de Carina Zubillaga (2014). Todas las citas se harán en base a esta edición.

una observación genérica aquí: el personaje de Apolonio se encuentra circunscripto a un texto que reelabora la forma de la novela bizantina, género en el que abundan este tipo de finales.

Por otro lado, el rey griego Alexandre no cesa en sus conquistas y empresas. Uno de los grandes conflictos del texto se basa en la interminable persecución de Dario, rey de Persia y, luego, paradójicamente, de los asesinos de este. Alexandre, además, defiende su posición hegemónica como única y no está interesado en concebir un heredero; solo yace una sola vez con Talestris, la reina de Hicaria⁴ y solamente por pedido de la mujer. Por el contrario, en Apolonio se percibe un marcado interés por su descendencia. En el texto, se hallan tópicos ligados al amor, como el *amor de oídas*, causa central que hace que Apolonio viaje en busca de una joven a la que nunca vio pero de la que sí oyó historias: “El rey Apolonio, que en Tiro regnava, / oyó daquesta dueña que’n grant preçio andava; / quería casar con ella, qua mucho la amava, (18 a-c)”. El tema del amor y el enamoramiento está expresamente configurado en el texto, a diferencia del relato de Alexandre.

A pesar de que en ambos textos los protagonistas viven aventuras, en el *Libro de Alexandre* se nota un mayor dominio por parte del rey en las acciones e itinerarios que se van desarrollando a lo largo de la historia. Alexandre persigue objetivos claros, como son la conquista absoluta y la ampliación de su reino. En este punto, hay que tener en cuenta que el proceso de expansión territorial venía acompañado de un proceso de centralización política cuyo eje es la figura regia (Weiss 2006, 24). Esta conquista se pretende absoluta ya que el protagonista dominará además, en un despliegue cada vez mayor de soberbia y orgullo, el ámbito del conocimiento: espacio cuyos secretos más profundos gozaban, hasta entonces, de un carácter confinado. Por su parte, el itinerario de Apolonio tiene como punto de partida su firme decisión de casarse para luego desembocar en numerosos naufragios, desencuentros y viajes fallidos, en una completa vorágine ajena a su control. El trajín que debe experimentar Apolonio en su aventura podría acentuar la construcción positiva que ostenta su posición de rey, al responder a ciertos elementos apreciados dentro del cristianismo de los siglos XII y XIII como el peregrinaje, el sufrimiento y los trabajos; acciones centrales que, junto a otros preceptos como la devoción por los santos, el concepto de la *Imitatio Christi* y la expurgación, iban delineando un *ethos* cristiano particular muy presente en aquella época y que, posiblemente, al autor le interesaba transmitir a sus receptores. La figura de Apolonio goza en ciertas partes de una proyección cuasi “celestial”. Cuando ayuda a la gente de Tarso llega, literalmente, como una bendición para sus habitantes. Por otro lado, la referencia que se hace de él al regresar a Tiro, su hogar, lo presenta como una figura divina: “Plogo a él con ellos e a ellos con él/ como si les viniese el ángel Gabriel; /” (641a-b).

Entonces, se podría decir que estos modelos sufren una aparente inversión al comienzo de los relatos (solo para retomar su curso al final de cada uno): Alexandre posee el dominio sobre su viaje y, al ir adentrándose más y más en territorio desconocido, sus conquistas son alcanzadas mientras que, por su lado, Apolonio debe huir de su hogar por provocar la cólera del rey Antíoco.

En cuanto a la construcción propiamente dicha de los protagonistas, se advierte una contraposición en cuanto a la conducta entre ambos reyes. Mientras que Alexandre presentaría características y gestos asociados comúnmente con la “virilidad”, Apolonio se muestra más sensible en sus acciones. A lo largo del *Libro de Apolonio*, en numerosas ocasiones se presenta al joven rey en pleno llanto, un gesto difícil de asociar con un rey que,

⁴ Aquí se ve claramente una referencia a la historia de las Amazonas, en un intento del narrador de proporcionar relatos populares y conocidos.

a su vez, goza de la condición de héroe y protagonista del relato. Además, el llanto suele ser el acto seguido al momento de vergüenza. Luego del naufragio, Apolonio no posee la vestimenta adecuada para presentarse ante Architrastes, rey de Pentápolin:

Apolonio de miedo de la corte enojar,
que non tenié vestido ni adobo de prestar,
non quiso de vergüença al palacio entrar;
tornóse de la puerta, comenzó de llorar. (154 a-d)

Por lo tanto, se presentaría como un rey sensible a lo que le sucede y propenso a demostrar esa sensibilidad mediante las lágrimas u otro tipo de gesto, como el ruborizarse. Esto se da más que nada en la presencia de mujeres cuando, por ejemplo, Luciana confiesa su amor por el rey de Tiro mediante una carta que, paradójicamente, Apolonio debe leer bajo las órdenes del padre de la joven. Ante este elocuente gesto, “conmeçóle la cara toda a enbermejeçer” (228-d). Esta reacción es lo más alejado a lo que se podría encontrar en el *Libro de Alexandre*, en el que su protagonista, al acercarse la reina Talestris a su tienda (en uno de los escasos contactos con personajes femeninos que se hallan en el texto) y a pesar de tratarla con amabilidad, le pregunta directamente si viene por haberes. Por otro lado, Alexandre, en sus arengas constantes a los soldados para que continúen batallando a su lado, construye una virilidad autoreferida que, al mismo tiempo, sirve para diferenciarlo de sus oponentes. Antes del primer combate con Dario y, en un gesto burlón para con sus soldados, los trata de mujeres y dice: “-Non traen guarnimientos de hombres de prestar; / seméjanse mugeres que se quieren preçiar;” (968 a-b). La arenga guerrera representa una estrategia eficaz en los momentos de mayor flaqueza por parte de los soldados y, por supuesto, es siempre Alexandre, nunca incierto, nunca titubeante, el que debe animar a sus hombres. Estas acciones que, por un lado, acentuarían un lado guerrero digno de imitarse, no dejan de constituir una suma a la soberbia incipiente que, aumentando a lo largo del texto, desencadenará un final negativo para Alexandre y, más que nada, manchará todo posible rasgo positivo que pueda haberse encontrado previamente. En este, el componente heroico se traduce en la fuerza y en la cantidad de enemigos caídos dentro de un proceso de continua conquista, donde una tensa relación entre política, religión y moral es entrevista. El héroe es un ejemplo por su orgullo y sus cualidades pero el final trágico se percibe de antemano en una sorpresiva conexión con su propio enemigo, Dario, que también muere a causa de la traición, lo cual solamente advierte sobre la naturaleza transitoria e inestable de las acciones y logros humanos (Weiss, 110). La fortuna cambiante es, a su vez, un tópico muy presente a lo largo del texto y sostenido en numerosas ocasiones por el narrador: “La rueda de ventura/ siempre así corrió,/ a los unos alçó/ a los otros premió” (1635a-b). El destino se prevé en las advertencias, opiniones y hasta condenas directas al rey soberbio por parte del narrador, que, irónicamente, dice que la solemne actitud del rey al observar a otros no se condice con sus propias acciones: “El sopo la sobervia/ de los peçes judgar,/ la que en sí el traxo/ non la sopo asmar;” (2330 a-c).

A pesar de que los actos que el rey despliega a lo largo del texto conducen a un final negativo y, por ende, un modelo negativo de conducta regia, hay ciertos elementos que construyen una figura ambigua cuyo final es quizás la parte más reveladora en relación con esto. Allí se desarrolla un verdadero drama: la muerte del rey. El lamento final está construido como un discurso regio en el que el monarca Alexandre reparte sus bienes y no olvida a sus fieles seguidores. Cada compañero de armas y pariente será premiado por la protección de

un rey que, a lo largo del relato, hay que recordarlo, no escatimó en muestras de bondad (el rey siente empatía por Darío, tiene deseos de vengar de su muerte y además vela por los intereses de la familia de su enemigo). Alexandre, además, siempre siguió consejo de su corte, acción que se ha interpretado en los espejos de príncipes como reflejo de un rey sensato. En su enunciado final, se ve un reconocimiento significativo por los otros: “por vos gané imperio, vos me lo contenedes, /” (2623-c). Es el final, entonces, el elemento que podría generar en el auditorio cierta empatía con el personaje ya que sus palabras finales, al estar dirigidas a otros, acrecientan una reconstrucción positiva. Figura gloriosa más allá del tiempo, el nombre del héroe lograría, de esta manera, sobrepasar su última flaqueza. Recordamos el nombre de Alexandre y su figura como condensación de hazañas pero logramos dejar estas de lado y nos fijamos en una subjetividad, en un hombre, a fin de cuentas humano como todos. Una cuestión fundamental a establecer es si el personaje de Alexandre logra, finalmente, conmovernos. La lectura del texto introduce una suerte de predicamento ¿Alabar o condenar? La reflexión queda en manos de los lectores.

“De letras profundados”

Los protagonistas se distinguen por ser héroes letrados, categoría que comienza a entrecruzarse al surgir este tipo de producciones discursivas. Alexandre conoce las siete artes que le fueron enseñadas por su maestro Aristóteles mientras que Apolonio dispone de maestría en las adivinanzas (también denominadas “argumentos” en el texto, por lo que se estaría hablando de la lógica), la música y, además, la cortesía, categoría que engloba tanto las virtudes comunes a los reyes como el buen comportamiento dentro de la corte. Entonces, el saber es un eje temático fundamental que se desarrollará a lo largo de ambos textos y que, incluso, alcanza las manos de sus autores pues ellos, mientras que cuentan las historias de personajes sabios, están probando en la escritura su propia capacidad de conocimiento. Como afirma Ronald Surtz, al mismo tiempo que nos relatan las peripecias que corren Apolonio y Alexandre, “[...] los poetas nos comunican su concepto de su propia actividad intelectual de escritores” (1986, 6). A su vez, esto ilustra un fenómeno social importante de aquellos siglos que es la transmisión del conocimiento por parte de los letrados, más aún dentro del marco de la producción de obras clericales. El saber debía ser alcanzado para luego ser compartido. Como afirma Francisco Rico en “La clerecía del mester”, refiriéndose al auge de la universidad de Palencia y los libros de texto que allí se utilizaban: “El tratado de Pedro de Blois subraya algunas de las actitudes más características de la clerecía de la época: el impulso de difundir los saberes, pasmosamente acrecidos en el curso de un siglo y ahora ‘institucionalizados’ [...]” (1985, 19). Por lo tanto, es notable la preocupación de ambos autores que, en cuanto al tratamiento de los episodios y mediante sus narradores, cultivan una incipiente y original apropiación, reelaboración y agregado de pasajes, detalles y situaciones en ambos textos. Autores que, incluso, transmiten a sus héroes el mismo deseo por conocer que los atraviesa a ellos mismos. De nuevo es importante mencionar aquí el papel del clérigo como agente de producción y transmisión del saber, intermediario entre el conocimiento y el público.

Hay una serie de elementos textuales insertados que sirven como prueba y legitimación del conocimiento en ambos casos, al mismo tiempo que representan la combinación de elementos populares y cultos. Para el caso de Alexandre, son los relatos de sus antepasados, historias conocidas como la de la guerra de Troya, que el rey macedonio relata a sus hombres para animarlos en el combate. Para Apolonio, son las adivinanzas. La

primera adivinanza que debe resolver el rey de Tiro esconde un secreto aún más oscuro que las líneas que la componen: el tabú del incesto. Según Alan Deyermond: “[...] es un motivo literario y folklórico de atracción casi universal, [...] simbolizaba primitivamente toda especie de lujuria y también (para muchos cristianos de la Edad Media), el pecado original.” (1968, 131). Una vez muertos los consumidores del pecado (el rey Antíoco y su hija), este pecado inefable persigue también al que se atrevió a enunciarlo. Es decir, en algunos episodios se puede ver el tema del incesto de manera latente. Uno de estos es cuando Tarsiana, por orden de Antinógora y sin saber que el atribulado viajero al que debe consolar es su padre, intenta abrazarlo y Apolonio le pega. Esta es la primera ocasión en que se percibe violencia por parte del rey, por lo demás mesurado. Como afirma Deyermond: “[...] casi se diría que Apolonio reacciona instintivamente contra un peligro escondido.” (134). Esta escena podría trastocar el modelo positivo de rey que encarna Apolonio y plantear, además, una cuestión sobre el motivo del incesto y cómo podría aparecer este dentro de la historia.

Por otro lado, se podría aventurar que Apolonio no está tan lejano a su contendiente Alexandre en cuanto al pecado de la soberbia pues también él debe superar sus propios desafíos individuales. La ofuscación producida por Antíoco y el hecho de sentirse burlado lo hacen alejarse de su hogar por primera vez y enfilarse hacia Tarso: “Pero mucho tenía que era mal fallido, / en non ganar la dueña e salir tan escarnido; / quanto más comidiá qué’l avía conteçido, / tanto más se tenía por peyor confundido.” (33 a-d). Aun así, esta decisión ni siquiera se puede considerar como impulsada por maldad o algún sentimiento negativo. A veces lo negativo se encuentra, quizás, en la torpeza de una acción no calculada. Él mismo se lanza, por así decirlo, a las cuitas que lo agobiarán a lo largo de toda su travesía. Muchas veces se lamenta por haber seguido perturbando su mente con el acertijo: “Bivía en mi reino viçioso e onrado, / non sabía de cuita, bivía bien folgado;/ teníame por torpe e por menoscabado / porque por muchas tierras non avía andado.” (125 a-d). El aspecto negativo tiene que ver con un orgullo atribuido a su propia persona como rey. Y esto se encausa directamente con el motivo del viaje. La travesía de Apolonio se interpreta como un viaje espiritual, en donde el personaje debe experimentar el dolor y la humillación en vía a perder su propia identidad. Este es un viaje que lo atraviesa, al punto de que reniega de su propio nombre: “el nombre que había perdílo en la mar;” (172 c). La crisis es un elemento que forma parte de un proceso de conversión o ascensión espiritual, episodio central en numerosas vidas de héroes y santos. Convertirse es crear una nueva historia de uno mismo y, para crearse, es necesario primero atravesar un momento de crisis, pasar por lo más bajo, para comenzar de nuevo y lograr así una cohesión personal y una subjetividad plena. La trama sigue esta estructura también. La peripecia procede a la calma definitiva. Apolonio se despoja de su rol de rey pero, aun así, en el final la estructura social se ve acatada: el reencuentro con su esposa produce un heredero varón y el casamiento de su hija Tarsiana le provee de más reinos, reincorporándose así al modelo cortesano.

Siguiendo la idea de que la concepción de conocimiento que circulaba en la Edad Media es la de un conocimiento acabado y posible de ser hallado en un espacio concreto, se descubren también usos diferentes de este por parte de cada rey. Apolonio se presenta como un rey “satisfecho” con el conocimiento que posee (a pesar de repensarlo cuando regresa a sus cuartos en busca de la respuesta del acertijo propuesto por Antíoco) mientras que Alexandre tendría un vínculo negativo con el saber ya que está determinado en conquistarlo y, peor aún, en acceder a conocimiento prohibido. Representado por los diferentes dominios (naturales y sobrenaturales) que conforman el mundo creado por Dios, Alexandre no se conforma con estos espacios: su destino final es el reino de los infiernos, zona por completo

vedada a los seres humanos. Esto desencadena la sospecha e ira de Natura (“-Non le cabe el mundo, nil puede abondar, / dizen que los antípodes quiere venir a buscar; / desent tiene asmado los infiernos poiçiar, / a mí con todos vos en cadenas echar.” (2240 a-d)), la cual planea una intriga para acabar con la vida del “sobervio barón”. Alexandre muere envenenado, traicionado por uno de sus compañeros, en forma de castigo por su soberbia sin límites, y cumpliendo así el destino trágico que la mayoría de los héroes encuentra. Para Riva, la representación del conocimiento “[...] se halla siempre en la obra asociada con la desmesura y, en consecuencia, con los límites que el deseo de conocimiento plantea en el marco de la doctrina cristiana” (2019, 10). En el marco de las nuevas prácticas intelectuales, el clérigo puede verse a sí mismo identificado con el macedonio en los cuidadosos pasos desplegados en el camino del conocimiento sin salirse de los límites establecidos por las autoridades y, en última instancia, Dios.

En relación con ambos textos, el conocimiento tiene un vínculo estrecho con el poder político. Apolonio demuestra su inteligencia mejorando la producción en Tarso, la ciudad en donde se encuentra oculto, y de esa manera se gana el favor de los habitantes: “guaresçié un gran pueblo que de fambre muriá;” (92b). Mientras que, en el caso de Alexandre, se ve una preocupación fehaciente por el mantenimiento de la soberanía dentro del proceso de expansión, como si esta se mantuviera al alcanzar plenamente la capacidad intelectual. El motivo de las armas y las letras se encuentra fuertemente desplegado aquí. Sin embargo, la “fiera cobdicia” (2274a) arrebató la medida del rey y las ansias de conocimiento serán finalmente su ruina. Como indica Julian Weiss: “It is the quest for knowledge, which exemplifies the intellectual sin of *curiositas*, that brings about Alexander’s downfall, and with it, his empire.” (130). Contrariamente a Apolonio que, por haber aprendido a transitar las vicisitudes dictadas por Dios y a acatar los mandatos divinos, obtiene su recompensa: una serie de reinos, el reencuentro con su familia y una dulce muerte. Al principio del texto los viajes de Apolonio probaban ser infructuosos mientras que Alexandre acumulaba éxitos, y dice Uría: “el contraste más significativo [...] reside en el comportamiento de sus protagonistas. Así, frente a la vida de Alejandro, que es un cúmulo de éxitos y triunfos en todas sus empresas, la vida de Apolonio es una sucesión de fracasos y tribulaciones [...]” (194). Esto se invierte finalmente y los personajes, esbozando un posible binarismo de “malos” y “buenos”, reciben cada uno su parte.

La enseñanza está vinculada al mantenimiento y preservación de un conocimiento que, de lo contrario, estaría condenado al olvido. El autor clerical toma a su cargo la labor de enviar un mensaje de tono moral a los lectores/espectadores. Y en la creación de producciones textuales se asienta este compromiso. El didactismo está además fundamentado por una epistemología tradicional: el conocimiento depende de ser constantemente enseñado y puesto en discurso, lo cual se relaciona con el hecho de saciar una necesidad de preservación (fruto de las culturas orales) y hasta de una ansiedad espiritual por parte del autor y de su comunidad. Es como si se dijera “la verdad está aquí”, en el texto leído y narrado, en ese aquí y ahora de la enunciación. Hay un reaseguro casi vital en ese despliegue de conocimiento.

Conclusiones

Se ha presentado a los personajes de los textos como contrapartes binarias, construidas en base a determinadas características, viriles para Alexandre, delicadas para Apolonio, que, a su vez, refuerzan una mirada positiva o negativa sobre cada uno. Mientras

que en el texto de Apolonio se construye un protagonista temeroso de Dios y cumplidor de los valores cristianos, Alexandre se aleja cada vez más del camino de la mesura, lo que incidiría en un modelo negativo de rey soberbio. Sin embargo, también se ha visto, en base a los acertijos que circundan la historia de Apolonio, cómo este presenta zonas ocultas que quizás encubren conductas inmorales y que, aún sin concretarlas, laten en la naturaleza del monarca. Su carácter orgulloso se pone a prueba en un camino de superación espiritual. Por su parte, Alexandre, rey soberbio, podría alcanzar la redención en una escena final que culminaría en un verdadero pathos. Apuntalado por un narrador que en muchas partes cuestiona a su protagonista, el lector sostiene la pregunta final sobre si se debe condenar o alabar al rey griego.

Queda probado, a partir de numerosos episodios presentados, cómo estos personajes trascienden un posible binarismo y se salen de un modelo predeterminado que, inicialmente, resultó útil para una primera instancia de trabajo comparativo, recopilación y rastreo de episodios. Estos episodios fueron, sobre todo, aquellos que atañen o presentan en primer lugar al protagonista: la descripción física de Alexandre para asentar su proyección guerrera y las interacciones con distintos personajes a lo largo del texto que podrían generar, finalmente, una suerte de redención; el ingreso humillante de Apolonio al palacio del rey Architrastes como el inicio de su recorrido purgativo. A su vez, el conocimiento es un eje que atraviesa a ambos personajes e influye de manera determinante en el desarrollo de los mismos así como en el avance de la trama. Una furibunda contienda personal se da sobre todo en este plano y, de esta manera, ambos personajes irán hasta los mayores extremos por dominarlo, resultando esto en finales opuestos. Se propuso la idea de los dos modelos de rey como categorías de orden y análisis de los textos con el objetivo de, finalmente, superar una comparación reduccionista al indagar más profundamente en la construcción de los personajes. De esta manera, se han revelado matices; potencialidades de sentido y posiciones invertidas se manifiestan, pues, en la contienda de los reyes Apolonio y Alexandre.

Obras citadas

- Cañas Murillo, Jesús, ed. *Libro de Alexandre*. Madrid: Editora Nacional, 1978.
- Cortijo-Ocaña, Antonio. Reseña de *Nunca mayor soberbia comidió Luçifer. Límites del conocimiento y cultura claustral en el Libro de Alexandre*. *Revista Mirabilia* (2021): 698-702.
- Deyermond, Alan. “Motivos folklóricos y técnica estructural en el *Libro de Apolonio*” *Filología* volumen 13 (1968-69): 121-149.
- Funes, Leonardo. “Lección inaugural: objeto y práctica del hispano-medievalismo”. En José Emilio Burucúa, ed. *Investigación literaria de textos medievales: objeto y práctica*. Buenos Aires: Miño y Dávila, 2009. 15-52.
- . “La evolución literaria como contienda de prácticas discursivas”. En José Emilio Burucúa, ed. *Investigación literaria de textos medievales: objeto y práctica*. Buenos Aires: Miño y Dávila, 2009. 109-125.
- Rico, Francisco. “La clerecía del mester” *Hispanic Review* volumen 53 (1985): 1-23; 127-150.
- Riva, Fernando. *Nunca mayor soberbia comidió Luçifer. Límites del conocimiento y cultura claustral en el Libro de Alexandre*. Madrid: Iberoamericana Editorial Vervuert, 2019. 1-19.
- Surtz, Ronald. “El héroe intelectual en el mester de clerecía” *La Torre* 1, 2 (1987): 265-274.
- Uría, Isabel. “Sobre la unidad del mester de clerecía del siglo XIII. Hacia un replanteamiento de la cuestión” *Actas de las III Jornadas de Estudios Berceanos (Logroño y Monasterio de Cañas 3-5 diciembre 1979)*. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos (1981): 179-188.
- . “*El libro de Apolonio*, contrapunto de *El libro de Alexandre*” *Vox Romanica* volumen 56 (1997): 194-211.
- Várvaro, Alberto. “Nociones preliminares”. En Francisco Rico, ed. *Literatura Románica de la Edad Media. Estructuras y formas*. Barcelona: Ariel, 1983. 7-82.
- Weiss, Julian. “Introduction” y “Dreaming of Empire in *El libro de Alexandre*”. En J. E. Varey ed. *The “Mester de Clerecía”. Intellectuals and ideologies in thirteenth-century Castile*. Woodbridge: Tamesis, 2006. 1-24; 109-142.
- Zubillaga, Carina, ed. *Libro de Apolonio*. Buenos Aires: Editorial Dunken, 2014.
- . “El manuscrito escurialense H-I-13 como expresión de un orden significativo”. En *Estudio y edición de una antología medieval (Ms. Esc. h-I-13)*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras (UBA), 2006., 29-27.